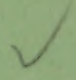
de Gordon y de Acosta (A)

REAL ACADEMIA DE CIENCIAS MEDICAS, FISICAS Y NATURALES DE LA HABANA



UNA RESPONSABILIDAD DE NUESTROS CAFES

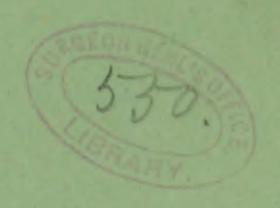
TRABAJO LEIDO

EN LAS SESIONES CELEBRADAS LOS DIAS 8 DE NOVIEMBRE Y 8 DE DICIEMBRE DE 1895

POR EL

Dr. D. Antonio de Gordon y de Acosta





HABANA

IMPRENTA "EL FIGARO"
69 COMPOSTELA 69
1896

REAL ACADEMIA DE CIENCIAS MEDICAS, FISICAS Y NATURALES DE LA HABANA

UNA RESPONSABILIDAD DE NUESTROS CAFES

TRABAJO LEIDO

EN LAS SESIONES CELEBRADAS LOS DIAS 8 DE NOVIEMBRE Y 8 DE DICIEMBRE DE 1895

POR

D. Antonio de Gordon y de Acosta

Presidente de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana, Doctor en las Facultades de Medicina y Cirujía, Farmacia, Ciencias, Derecho, Filosofía y Letras, Catedrático de Término propietario de Fisiología Humana y de Historia crítica de la Medicina en la Universidad; Miembro del Colegio de Farmacéuticos, de la Sociedad Antropológica, de la Odontológica, de la de Estudios Clínicos, de la Sociedad Económica de Amigos del País, del Círculo de Abogados, Vocal de la Junta Provincial de Sanidad, de la Sociedad de Higiene de la Habana, del Centro Médico-Farmacéutico de Matanzas, de la Real Academia de Medicina de Madrid, de la Sociedad Española de Historia Natural de Madrid, de la Sociedad Española de Higiene, de la Sociedad Geográfica de Madrid, del Colegio de Médicos de Madrid, de la Ginecológica Española, de la Academia Médico-Quirúrgica Española de Madrid, de la Sociedad Española de Hidrología Médica, de la de Fomento de las Artes de Madrid, de la Sociedad Económica Matritense, del Colegio de Farmacéuticos de Madrid, de la Real Academia de Medicina de Cádiz, de la Academía de Higiene de Cataluña, Representante General en América de la Sociedad Española protectora de las Ciencias, de la Sociedad Económica de Barcelona, de la Real Academia de Ciencias y Artes de Barcelona, del Instituto Médico Valenciano, de la Academia de Medicina y Cirujía de Granada, de la Sociedad Francesa de Higiene de París, de la Sociedad Entomológica de Francia, de la Sociedad Filotécnica de Francia, de la Sociedad de Estudios Coloniales y Marítimos de Francia, de la Sociedad Química de París, de la Asociación de Químicos Industriales de Francia y de las Colonias, de la Sociedad Mineralógica de Francia, de la Sociedad de Medicina Pública y de Higiene Profesional de París, de la Asociación Francesa para el adelanto de las Ciencias, de la Sociedad de Anatomía y Fisiología de Burdeos, de la Sociedad Anatomo-Clínica de Lila, de la Sociedad Científica de Bruselas, de la Real Academia de Medicina Pública de Bélgica, de la Sociedad Británica para el progreso de las Ciencias, de la Sociedad de Ciencias Médicas de Lisboa, de la Sociedad Imperial de Naturalistas de Moscow, de la Academia de Medicina de Atenas, de la Academia Médico-quirúrgica de Ferrara, de la Academia Nacional de Medicina de México, de la Sociedad Científica Literaria de «Amantes del Saber» de Caracas, de la Academia Nacional Venezolana de la Historia, de la Sociedad de Médicos Cirujanos de Caracas, del Círculo Médico Argentino de Buenos Aires, de la Sociedad Médica de Chile, de la Academia de Ciencias de Nueva York, de la Sociedad de Jurisprudencia Médica de Nueva York, de la Sociedad Química de Nueva York, de la Sociedad Microscópica de Nueva York, de la Sociedad Médica de Nueva Orleans, de la Junta de Sanidad Nacional de Washington, del Instituto Smithsoniano de Washington, etc., etc.



HABANA

IMPRENTA "EL FIGARO"

69 COMPOSTELA 69

1896

Sres. Dr. D. Domingo Fernández Cubas y Don Manuel Linares.

Excelentes amigos: en testimonio de señalado aprecio, les dedico este trabajo médico social, el que espero acepten ustedes, como prueba de mi más distinguida consideración.

Antonio de Gordon.

Habana 3 de Enero de 1896.

Una responsabilidad de nuestros cafés

Señores Académicos:

Las siguientes palabras del gran Duclós: «nunca el mal es más dañoso que bajo la máscara del bien», vémoslas cumplidas en el problema médico-social que nos va á ocupar, pues si el café es en sí, según afirma nuestro erudito compañero Dr. D. Esteban Borrero, «expresión de sabiduría, vigor, inteligencia, pureza de costumbres, cordialidad, á tal punto, que puede dar idea la más completa del pueblo de Cuba», los establecimientos en que aquel se sirve ó expende, que de igual modo se llaman, y que son á los que nos queremos referir, hánse convertido en foco de desdicha para esta capital, toda vez que contribuyen, entre otras cosas, á propagar la terrible tuberculosis de un modo positivo y manifiesto.

El uso de la bebida confeccionada con la preciosa rubiacea empezó, según Silvestre de Sacy, en Persia y Africa antes que en la Arabia misma, sin embargo de ser originaria de esta última. En efecto: dice la autoridad citada que á mediados del siglo XV el Mufti de Aden vió ingerir ese infuso en su viaje por Persia, el que él introdujo entre los suyos, propagándose bien pronto por los pueblos mahometanos.

Cuéntase que al salir cierta noche de la mezquita Kair-Bey, Gobernador de la Meca, hallóse con gran número de sectarios que tomaban café para poder consagrarse mejor á la oración, lo que

reprobó por creer que tal líquido fuera espirituoso y estar prohibido en los preceptos de su religión, orden que fué suspendida por el Sultán desde el momento en que se enteró de lo que pasaba.

Antes que se propagase el café en Turquía, fué causa de notorias discusiones, que concluyeron con la aparición de una interesante obra que llevó por título: «El Triunfo del Café».

En un principio, por la influencia opresora de los sacerdotes del Profeta, se cerraron en Constantinopla los edificios públicos en que se vendía el cocimiento; más tarde fué tal la indignación que en contra del líquido inspiró cierto predicador, que el populacho asaltó los referidos lugares maltratando de obra á los expendedores y destrozando las vasijas del servicio. En tales condiciones fueron convocados á junta por el gran Juez, los sabios doctores de la comarca, y sin dejarles exponer á éstos sus opiniones, les declaró que la cuestión estaba resuelta en favor del infuso, que hizo saborear á los concurrentes, volviendo á recabar el delicioso néctar, de tan convincente manera, su antiguo poderío.

Ahora bien; siendo lo que son hoy los cafés, lugares en donde la bebida que menos se sirve es la que les ha dado el nombre y está casi siempre adulterada, un *veneno*, como dice nuestro amigo el Sr. D. Juan S. Coppinger en un importante artículo publicado en el periódico *El País*; bien podemos creer con Fonsagrives, que entre aquéllos y las tabernas no existe en realidad más distingos que la elegancia y la comodidad, con tanta más razón, cuanto que ha expuesto Selgas que «los cafés son las tabernas de las gentes que llevan levita».

En este concepto principiaron antes dichos establecimientos; en el pasado se encuentran las *thermopolias* y las *cauponas*, donde concurrían los ciudadanos para tomar bebidas calientes, vinos, jugar y hacer política.

Como se ve, entre los cafés modernos, las tabernas, las thermopolias y cauponas no hay otra diferencia que cuestión de épocas y denominaciones.

Instaláronse después de Constantinopla los establecimientos públicos bromatológicos á que nos referimos, en otras poblaciones europeas en el siglo XVII, en virtud de haber introducido el uso

de tan exquisito líquido los viajeros y los caballeros de Malta.

El embajador de Turquía, Soliman-Agá, fué el que lo puso de moda en París, haciéndolo tomar al rey Luis XIV.

Al principio sólo los ricos podían regalarse con tal producto, pues costaba la libra 40 escudos.

En la capital de la hoy República Francesa fué *Cabaret-taberna-Renard*, el primer sitio en que se expendió públicamente el infuso; pero en realidad, el primer café moderno fué el célebre *Procopio*, el cual se estableció en sus comienzos al aire libre, como ambulancia, en la feria de Saint Germain, teniendo después en 1689 lugar fijo en la calle de Fosses-Saint Germain; entonces ofreció pingües ganancias á su propietario por ser el lugar de reunión de las notabilidades literarias de aquellos días, siendo el ilustre Voltaire uno de sus más asiduos favorecedores.

Luégo fueron tantos los imitadores de Francisco Procopio, que contábanse más de 600 cafés en París, á mediados del pasado siglo.

Los venecianos hicieron uso del licor intelectual en 1616, apareciendo los cafés en Londres en 1652.

El 7 de Agosto de 1683 se celebró la apertura del primer café en Viena, debido al polaco Kulzycki, que en el sitio de esa ciudad por los turcos se distinguió notablemente, saliendo por entre el enemigo para que los jefes austriacos supieran el grave estado de la población, con lo que libró á la referida capital salvando al imperio.

Interrogado entonces el héroe por el monarca acerca de la recompensa que deseaba, sólo le pidió la merced de abrir un establecimiento con el fin de expender café, de cuyo grano se había abastecido concluída la batalla con los turcos; por eso es que el Consejo Municipal de Viena, en memoria de la acción de su libertador, dispuso que se colocase el busto de Kulzycki en los cafés que después se fundaran y que anualmente se hicieran fiestas en el aniversario del día en que franqueó sus puertas el establecimiento del noble hijo de Polonia.

En la capital de nuestra Metrópoli parece ser que el más antiguo de los sitios que nos llaman la atención fué el que existió en la plaza de Santa Ana, frente al Corral de la Pacheca, primer teatro de Madrid, reuniéndose en él los actores, llamándose éste

y los otros que después se establecieron, con el nombre común de *botellirías*, donde se tomaba el célebre *rosoli*.

El de Pombo, que se encuentra en la calle de Carretas, tal vez sea en la actualidad el más viejo, pues fué inaugurado á fines del siglo XVIII.

Induce á creer que en la Villa del Oso y del Madroño estuvieran de moda los cafés, en la segunda mitad de la pasada centuria. Un hecho importante: el haberse escrito envidiables producciones que lo demuestran; es una de ellas el sainete de Don Ramón de la Cruz, «El café extranjero», que apareció en 1778, y otra no menos estimable, como todas las del gran Moratin,—«El café, ó la comedia nueva», en 1792.

En la forma que nosotros con Fonsagrives hemos admitido los cafés, existieron esos establecimientos en la Habana casi desde su principio, cual lo confirma el siguiente acuerdo del Cabildo de esta capital de 14 de Mayo de 1557.—«Se proveyó y mandó que muchas negras esclavas en esta Villa han tomado por trato de tener casa para hospedar y tener taberna y tabaco, lo que es en mucho perjuicio de esta república, y mandaron pregonar públicamente que de hoy en adelante ninguna negra esclava sea osada de vivir en casa por sí, ni tener taberna ni tabaco, so pena de 50 azotes á cada una de dichas negras que lo contrario hicieren, y demás de esta, que el amo por se lo consentir incurra en pena de dos pesos, para la cámara y Fisco y obras publicas, y mandaron que se pregone públicamente. (La Torre—«Lo que fuimos y lo que somos», ó «la Habana antigua y moderna», página 149).

En 1590 era tan grande el número de tabernas que había en esta capital, que se mandaron á reducir sólo á ocho, como medida de notoria importancia.—(La Torre.—Elementos de Cronología Universal», página 123).

En 1772 existía ya con algún renombre en esta ciudad el conocido café de Tabernas, pues dice el señor don José María de la Torre en su mencionada obra «Lo que fuimos y lo que somos», página 117, que entonces se abrió el paseo del nuevo Prado, que luego se llamó de Isabel II, al cual concurrían muchas personas y por la noche se daba la *vueltecita* por las calles de Empedrado, Habana, Sol ó Jesús María y Oficios, reuniéndose los hombres en

el café de Mr. Tavern, situado en la Plaza Vieja esquina á la calle de Mercaderes.

En dicho sitio no se expendían en aquel entonces ni sorbetes, ni refrescos helados, pues el hielo no se introdujo en esta culta ciudad hasta 1806, sufriendo gran oposición del Protomedicato, que lo creía aquí perjudicial á la salud; abogó tan sólo en su favor don Francisco Arango, que logró sobreponerse á todo ataque en contrario, venciendo y consiguiendo que se trajera el referido producto, el que se vendía á cincuenta centavos la libra y á veces hasta á peso. (La Torre, obra citada, página 118).

La bebida de que más uso se hacía en aquel tiempo en esta población, era la *fruganga* ó *sambumbia*, por lo cual se estableció su estanco en 1761, el que duró hasta 1803, siendo muy afamados los puestos del Peñón, Santa Clara y San Lázaro.

Por los años de 1810 á 1811, las *vueltecitas* se realizaban desde Plaza de Armas, siguiendo luego por Punta y Cuba, para refrescar con los helados de la fonda y nevería de Juan Antonio Monte, que se encontraba en dicha calle, entre Luz y Acosta. Como tal comercio fué por mucho tiempo único en la Habana, vendía á peso la copa del producto que confeccionaba. (La Torre, obra citada, página 117 y 118).

Hasta principio del siglo actual no se sustituyó entre nosotros el chocolate por la aromática bebida (La Torre, obra citada, página 120), pues en 1807 fué cuando comenzó á generalizarse el café, haciéndolo cada vez más y más. (La Torre, obra citada, página 171).

En 1748 se introdujo el café en Cuba por don José Antonio Gelabert, Contador Mayor de Cuentas, que lo importó de Santo Domingo, fundándose el primer plantío ó cafetal en Wajay, con el objeto de destinar la semilla que se obtuviese á la infusión y la pulpa y corteza del fruto á fabricar aguardientes.

En virtud de la inmigración de los colonos franceses que vinieron en 1780 de la Isla Española, se fomentó de modo notable el cultivo de la planta.

En 1796 apenas había ocho ó diez cafetales en la Isla; en 1800 existían ochenta en Occidente, siendo así que en 1846 se contaban en esta parte 1670.—580 en Oriente y 78 en el departamento Central.

Exportó Cuba la mayor cantidad de café el año 1840, la que ascendió á dos millones ciento cuarenta y tres mil quinientas setenta y cuatro arrobas; ya en 1861 sólo fué de seiscientos setenta y dos mil ochocientos ochenta, que produjo una entrada de dos millones quinientos veinte y tres mil trescientos pesos, bajando luego considerablemente. Es de sentir la disminución del cultivo, pues según los trabajos estadísticos de los señores Mulhall y Anton Hirstendahl, como excepción de lo que ha pasado con otros productos, ha subido notablemente el precio del café, si se le compara con lo que era hace 50 años.

El número de casas-cafés ha ido aumentando entre nosotros. En 1862 sólo había seis en esta capital y 106 cafés cantinas, según el Diccionario de Pezuela, tomo tercero, página 348; en 1873 existían, por el Directorio de ese año, 129; en 1885, 137 y por los datos recogidos en las oficinas de Hacienda en el económico de 1890 á 91, tributaron en tal sentido, 287; en el de 1892 á 93, 300; y en el de 1894 á 95, 385.

Cosa particular: coincidiendo con tal aumento, ha crecido también la mortalidad por la tuberculosis, pues según las tablas demográficas que publica el justamente afamado periódico profesional «La Crónica Médico-Quirúrgica de la Habana», que dirige el erudito y caballeroso compañero, doctor don Juan Santos Fernández, hubo defunciones por tuberculosis pulmonar, en 1890, 1375; en 1891, 1384; en 1892 de todas clases de tuberculosis, 1530; en 1894 y primer semestre del 95, 2160; datos estadísticos recogidos los unos por los ilustrados é infatigables colegas doctores La Guardia y Delfín, y otros suministrados por el distinguido compañero don Rafael Cowley y Odero, bajo la inspección de nuestro querido maestro doctor don Luis Mª Cowley, los que se publican por la Jnnta Provincial de Sanidad.

El aumento de unas y otras cifras es lo que nos ha hecho pensar en la responsabilidad de los cafés como causantes en parte, de la terrible afección que tanto nos diezma y que cada día nos amenaza más y más.

Todo el mundo conoce la cruel enfermedad, cuyo nombre equivale á una formal sentencia de muerte, sin esperanza de conmutación de pena; y en verdad que si la Mitología hubiera poseído la lúgubre estadística que hemos dado á conocer, así co-

mo las de otros países, de seguro que hubiera representado una de las tres parcas, con el facsímil del tuberculoso.

Tiempo es de combatir, por todos los medios imaginables, dolencia tan mortífera, por lo que decía Fonsagrives que si no era época de fijarse en ese particular: y como así lo creemos, he aquí nuestro óbolo.

Si los cafés fueran las casas de conversación que apetecía el ilustre Jovellanos, serían desde luego recomendables: pero siendo cual son, según Mr. Levy, una «combinación íntima de fenómenos físicos y morales que se encuentran en el fondo de todos los hábitos generales de una población» y nada edificante, agregamos nosotros, conviértense, fatalmente, en causa preparatoria y en propagadores de la enfermedad que se estudia desde los tiempos de Hipócrates, Galeno, Celso, Areteo y, sobre todo, desde el siglo XVII á nuestros días.

Presenta, pues, la tesis que nos va á ocupar, dos capítulos igualmente interesantes con relación al mal que tantas víctimas nos hace por iguales partes, así en la población blanca como en la negra, cual lo demuestra en sus valiosos estudios nuestro reputado hombre de ciencia y digno compañero Dr. D. Vicente de la Guardia, capítulos que pasamos á examinar, teniendo sólo por guía la verdad, en la forma que la entendía y la enseñaba, el Sócrates cubano D. José de la Luz Caballero, es decir, considerándola como principio, como medio y como fin.

Los establecimientos-cafés, salvo honrosas excepciones, están privados de todas las condiciones que deben reunir los sitios que han de ocupar mayor ó menor número de individuos por tiempo más ó menos largo.

De aquí es que el notable clásico Legrand du Saulle, al tratar de la influencia que en el organismo imprime la atmósfera de aquéllos, diga que determina ante todo excitación general de la economía, los rasgos fisonómicos palidecen, las digestiones son lentas y difíciles por ejecutarse en lugar casi asfixiante, iniciándose la dispepsia flatulenta; el carácter principia á ser desigual y se siente dolor de cabeza, que desaparece á poco de salir del medio en que se ha contraído.

Cuando se permanece por mucho tiempo en los cafés, avanzan los efectos de su influencia: el apetito desaparece, cámbianse

las facciones, los ojos están húmedos y soportan mal la acción de la luz, el olfato se aniquila, se presenta la constipación, el carácter se hace inquieto, la memoria se debilita, la atención con dificultad se fija, la actitud para la labor intelectual baja de modo notorio, pasándole igual á las funciones afectivas.

En otro período más avanzado, es penosa la respiración, el pulso se hace intermitente, los ojos se ponen lagrimosos y brillantes, la vista sufre lesiones de acomodación, la susceptibilidad nerviosa es fácilmente impresionable; son frecuentes las distracciones y aberraciones extrañas; parecen inciertos los movimientos y el organismo se encorva ligeramente. «Un poco más, agrega el autor á que nos referimos, y los individuos penetran desde luego en el dominio de la patología cerebral».

Esto expuesto, cumple á nuestro deber entrar en el análisis de cada uno de los factores que determinan el conjunto narrado, los que en verdad nos interesan, pues podemos afirmar con el Dr. Jaccoud, que la tuberculosis es el fin común de todas las determinaciones individuales y de familia.

La influencia del aire viciado en la economía, es objeto de constantes estudios desde el pasado, y sobre todo, desde que el gran médico de Cos escribió su inmortal obra de los *aires, aguas y lugares.*

El valor de la mezcla respirable para la vida, es capital; su necesidad es tan grande, que constituye el principal medio de nuestra existencia; podemos pasarnos más ó menos tiempo sin otros alimentos, pero no sin el pneumónico, pues todo fenómeno de vida es la expresión de una combustión, como ha dicho el eminente Dr. Hermann, y pide oxígeno en condiciones determinadas.

Para que los indicados actos se verifiquen cual á los mismos corresponde, requiérese, por tanto, aire puro, que posea el elemento de Priestley en cantidad bastante, sin que el conjunto del compuesto tenga otra cosa más que los materiales de todos conocidos y el nuevo gas descubierto por Lord Rayleigh y el profesor Ramsay, hecho dado al mundo científico en la sesión de Abril del año próximo pasado, de la Bristish Asociation, y sustancia que para el Sr. Dewar no es más que una forma alotiópica del ázoe, teniendo con éste la misma relación que el ozono con el

oxígeno, cuestión que con otras de gran importancia científica, quedarán resueltas en el concurso abierto por el Smithsonian Institution, acerca del mejor trabajo con relación al aire.

Toda alteración que se acentúe en el fludío que respiramos, lleva consigo aparejadas modificaciones en la salud.

Lo que, según Buchardat, la ciencia estudia hoy con el nombre general de aire confinado, es entre otras una verdadera modificación en la manera de ser del pan pulmonar; es notorio lo fatal de esta condición y las ventajosas influencias que ejerce el aire puro en el organismo y en el restablecimiento del estado normal, con especialidad en la tuberculosis.

Estos hechos no fueron ignorados de los antiguos, por lo que Areteo indicaba el ambiente marino para el tratamiento de la tisis, cual el hijo del senador Nicon, la estabilidad en las alturas, abundando en iguales pareceres Celso, Plinio y otros pensadores no menos importantes. De igual modo miraban el gas alterado para impedir la curación y como elemento de su origen, poseyendo por tanto, en esto, análogo criterio que el que se han formado para el caso los clásicos actuales desde Moynac y Peter, hasta Jaccoud, Granchet y otras lumbreras.

Pues bien: la atmósfera de los cafés no es por cierto vivificadora, y es lo que vamos á probar.

Situados los referidos establecimientos en planta baja y los más en edificios poco adecuados, donde la ventilación no se hace como debiera y cuyas aberturas naturales se cierran los días fríos y de lluvia para resguardarse de aquél y de éstas, es motivo de que en su interior se haga gran consumo de oxígeno sin que pueda verificarse su reparación, no siendo posible calcular el gasto, por depender del número de individuos que en ellos se reunen y otras causas que daremos á conocer.

De muchos cafés podemos decir lo que Levy expone de ciertas habitaciones privadas—... nada falta en los gabinetes dorados, en las salas suntuosas, más que el aire que debe alimentar incesantemente la vida; se sabe usar de la fortuna para procurarse la comodidad bajo todos conceptos, pero se olvida el elemento esencial de la salud que es simplemente una suficiente cantidad de fluído atmosférico.

El contacto del ambiente libre es una necesidad fisiológica, y

la respiración no se ejerce con fuerza y planitud más que en esta condición.

De aquí es también que asegure con justificadas razones el Dr. Monlau, que del régimen alimenticio que usa el hombre y del aire que inspira depende su estado normal, ó su malestar; á tal aire agrega, tal sangre, y por ello decimos nosotros que la atmósfera más ó menos corrupta de los cafés no puede engendrar sino una *carne líquida* pobre, la que no es suficiente á reparar las exigencias biológicas de los elementos anatómicos.

Es, para el Dr. Espina, el aire confinado, en harmonía con la opinión de los médicos de todos los países, causa predisponente de la tuberculosis; por ello el libre y en condiciones apropiadas, no sólo la evita, sino que la cura; así lo han visto los prácticos y así lo demuestra nuestro ilustrado y aplaudido compañero Dr. D. Joaquín Jacobsen, en su brillante discurso de recepción en esta Academia, leído en la sesión extraordinaria de 1º de Junio de 1894, cuyo título es: «Una localidad para tuberculosos».—Pasa en la Sierra lo que desde 1830 fué señalado por la observación para las montañas de Cubitas en el Príncipe y las del Caney en Cuba, en donde el Dr. Guimerá ha comprobado verdaderas mejorías y curaciones tan sólo por la influencia de su buen aire, de igual modo que en las lomas del Cuzco, en las que el Dr. Coronado, nuestro prestigioso corresponsal, infatigable obrero laureado de esta Academia, de la de Medicina de París y Bruselas, ha visto hechos semejantes.

También lo cree así el conceptuado Dr. D. Enrique Acosta, según lo ha publicado en escogidos artículos del importante periódico «El Diario de la Familia», los que titula la «Climatoterapia en la tuberculosis».

Abunda en iguales ideas el notable higienista Dr. Rodríguez Méndez, el que afirma que uno de los recursos que más ventajas reporta á la tuberculosis es la Climatoterapia, porque un aire en buenas condiciones ayuda al organismo, le fortifica y protege, en tanto se efectúa en su seno la encarnizada lucha entre el glóbulo animal indígena, dueño y señor, y el microbio, célula vejetal exótica é invasora.

En comprobación de lo que sostenemos, es de oportunidad citar así mismo los estudios del Sr. Blache, presentados á la Aca-

demia de Medicina de París en sus sesiones de 12 y 19 de Noviembre del actual año, pues expone la cura conseguida por el aire en la tuberculosis pulmonar de los niños: modo de tratamiento usado en el hospital Ormesson, en donde no se reciben más que los que padecen de la enfermedad que nos ocupa. Ahora bien: en un conjunto de cuatrocientos diez y ocho asilados, se ha conseguido la curación de un 42,7 % y el 40,2 % de notables mejorías.

La necesidad de un buen aire para conservar la salud, es de dominio vulgar, consiguiéndose tanto mejor el resultado, cuanto mejor penetra en gran parte de los pulmones: de aquí las ventajas del canto para preservar y combatir la tisis, según lo ha probado el Dr. C. E. Busey en un brillante discurso pronunciado poco ha en la Sociedad Médica de Virginia.

Igualmente, la debilidad orgónica, determinada por un aire pobre, es causa de la tuberculosis, nuestro querido compañero Dr. D. Miguel Sánchez Toledo así lo consigna en su tesis de recepción en este Centro, leida el 9 de junio del corriente año.

El aire confinado es por demás mortífero; nadie ignora el hecho de la Audiencia de Oxford, en donde jueces, acusados y oyentes, fueron presa de mortal asfixia, como así mismo, el de los 146 prisioneros ingleses encerrados en estrecho calabozo, en el que á las 8 horas sólo había 23 con vida; y el acontecimiento que pasó después de la batalla de Auterlitz, con los 300 austriacos recluidos en pequeña cueva, en la que sucumbieron 260 en corto espacio de tiempo.

De aquí es que con Monin y Levy digamos que si en otro tiempo, Socrates quería las habitaciones pequeñas y llenas de amigos, hoy la Ciencia las desea grandes y repletas de aire.

La atmósfera viciada de los cafés, es verdad que no obra con la energía señalada en los casos de Orford y los otros relatados; en cambio tiene una acción lenta, insensible, siendo sus efectos en este caso, lo que dice el eminente Bequerel al hablar de tales aires, determinar la anemia, la clorosis, el temperamento linfático, etc.

Consecuencia precisa, resultado obligado del consumo de oxígeno en los establecimientos en cuestión, es el aumento del ácido carbónico y del vapor de agua que hacen la atmósfera dañina y

en los que debemos detenernos. Desde los tiempos de Van-Helmont se sabe que el aire respirado se hace irrespirable siéndolo entre otras cosas por el exceso del *gas silvestre* que en concepto del conceptuado profesor Gine es perjudicial colocándolo al lado del hidrógeno y del ázoe; pero que Ludwih lo considera como narcótico por su acción anestésica, y Foster, Hirt y Smit, lo asemejan por igual concepto á los opiacos.

El gran P. Bert, á quien tanto debe la fisiología de la respiración, lo sitúa, entre los venenos cardiacos, diciendo todavía más, que es un tóxico universal que mata á los animales y vegetales de gran talla y á los microscópicos, así como á los elementos anatómicos aislados ó agrupados en tejidos, por ser el producto último de la vida, pues él detiene las series de acciones químicas para la existencia, las que principian por la absorción de oxígeno y concluyen con la expulsión del gas á que nos venimos refiriendo.

Experimentan su influencia los ciudadanos que á menudo concurren á los cafés; teniendo hematosis incompleta, son víctimas de una intoxicación lenta que modifica considerablemente su nutrición y los hace candidatos á la enfermedad que estudiamos, al extremo que Mr. Boudin pensaba que respirar en una atmósfera cargada de ácido carbónico, era causa del desarrollo entre otros estados patológicos de la tuberculosis.

El Doctor Arnauld, autoridad competente en la materia, crée también, que producido el estado á que antes nos hemos referido, es lógico pensar, que la afección principia por el pulmón mismo, cuya función desde largo tiempo se hace con un aire deficiente é incapaz.

Afirma el profesor citado que el uso habitual del medio que contenga aumento en la cifra de ácido carbónico, como pasa con el de los cafés, siendo aquella más ó menos alta por diferentes motivos, es siempre grave y de consecuencia terrible, toda vez que sus resultados son el empobrecimiento del organismo que lo predispone á toda clase de padecimientos y sobre todo á la tísis.

Según estudios de distintos autores, el aire atmosférico normal contiene, por término medio, de 6 á 9 milésimas de vapor acuoso. Ahora bien: cuando esta cantidad aumenta en un medio

cuya temperatura es caliente, cual pasa en los lugares de referencia, languidecen todos los actos de la economía, pues su acción es en extremo debilitante, la sangre arterial es menos reparadora por no ser suficiente su renovación, y el indivíduo va perdiendo extraordinariamente con ello.

Afirma con razón Monlau que el aire, en las condiciones indicadas, se convierte en activo conductor de gérmenes morbíferos, opinión sostenida también por Levy. Por esta y otras razones es sin duda que Arnould, Buchanan y Bowdtch sostienen que el medio sobrecargado de agua contribuye al desenvolvimiento de la tuberculosis, asegurando el sabio Winsor que los sujetos que moran en atmósfera muy húmeda, padecen de bronquitis, gastro enteritis catarrales y que á menudo sucumben de tísis.

Peter, Moynac, Jaccoud, Eichhorst y otros, miran también la influencia del aire en las condiciones que examinamos, como favorable para el desarrollo del mal, por lo cual un aplaudido higienista dice: «Húyase de permanecer en salones ó recintos confinados donde respiren muchas personas [teatros, bailes, cafés]: cuanto más numerosas son las reuniones de esta clase, más caliente y húmedo se pone el aire respirable».

En los cafés la disminución del oxígeno y el aumento de acido carbónico, como del vapor acuoso, no son los únicos factores que mefitizan la atmósfera para hacerla irrespirable, determinando en la economía accidentes más ó menos acentuados.

Con el nombre de *perspirabile retentum*, conocióse hace tiempo á las sustancias orgánicas suministradas por la respiración, que dan al ambiente un olor especial, no pocas veces desagradable, y que si esparcidas en gran cantidad de aire son inofensivas, no pasa así cuando se acumulan, en cuyo caso se convierten en medio de transmisión de algunas afecciones contagiosas, ó por sí mismas son agentes productores de trastornos patógenos.

El aumento de proporción y alteraciones de dicha materia determina, según Bequerel, cefalalgia, vómitos y fiebre, así como también cuando se encuentra en mayores cantidades, verdaderas intoxicaciones análogas á las que producen las emanaciones putridas, los que obran como los fermentos examinados y estudiados con escrupulosidad en los célebres trabajos de Tyndall, Pasteur y otros.

Los animales que permanecen por algún tiempo en una atmósfera confinada, mueren, afirma Gavarret, aunque se tenga el cuidado de extraer el ácido carbónico del medio y sustituirlo con nuevas proporciones de oxígeno, en cuyo caso los productos orgánicos mencionados son los que determinan el accidente.

La impureza de la atmósfera es ocasionada en esta circunstancia por los materiales nuevos que en ella se encuentran, los que, según expone Ch. Bouchard en sus lecciones sobre las Autointoxicaciones, los produce el pulmón y la piel, por donde se eliminan, además del agua, del ácido carbónico y sales, ácidos grasos.

Este aire contaminado origina en cortas proporciones y á la larga, efectos en la economía, produce la miseria fisiológica, estado de debilidad general que, como es sabido, es el más propicio para el desenvolvimiento de la tuberculosis.

Las investigaciones de Brown Sequard y Arsonval, comprueban que los tales productos son venenos de la naturaleza de las ptomainas, por lo cual han dicho que si no son infecciosos, son siempre tóxicos, opinión que sustenta también en todas sus partes el conocido Dr. Dujardin-Beaumetz.

La acción eutrófica y estimulante del aire de las alturas, que señala el profesor Jaccoud en su artículo publicado en la Semana Médica de 7 de Marzo de 1894, tan útil para mantener y aumentar la resistencia del organismo en la tuberculosis, falta pues, por completo, en los locales á que venimos refiriéndonos.

Vicia igualmente el aire de esos sitios de reunión, el alumbrado de los mismos, haciendo gran consumo de oxígeno y suministrando en cambio, distintos cuerpos más ó menos dañosos.

Aún se usa en esta capital en muchos de sus cafés, el gas del alumbrado, sistema lumínico que aquí se instaló por primera vez en 1846, aunque el municipal existía, de otra clase, desde 1786 para intramuros, extendiéndose á extramuros en 1839. [La Torre, obra citada, página 170].

El gas del alumbrado contribuye considerablemente á mefitizar el medio de vida: en efecto; según los estudios de Dumas, un mechero del fluído de referencia consume 234 litros de oxígeno por hora y suministra en igual tiempo 128 y un tercio de litro de ácido carbónico, así como también 169 gramos y 660 milési-

mas de agua, siendo considerable la cifra de carbono que se separa del hidrógeno, que al no quemarse ennegrece las superficies blancas en que se deposita, no pudiéndose valuar su cantidad, así como la del ácido sulfuroso, el sulfuro de carbono y el ácido sulfhídrico, que, sin embargo, se esparcen en notables proporciones.

Lo que precede indica manifiestamente lo que hemos sentado, viniendo las observaciones de Mr. Briquet á confirmarlo.

«La permanencia en lugares en donde los mecheros de gas vician la atmósfera, influye sobre la hematosis y determina la anemia: dichas personas se quejan de disnea, de calor acre á las fauces que provoca una tos seca y fatigosa, no pudiendo permanecer en tales sitios los sujetos de pecho irritable.

Debemos agregar á todo esto la fuga del producto del interior de los tubos de conducción y su mezcla á la atmósfera más ó ménos confinada, en cuyo caso los estudios de Devergie, Ollivier y Toudes comprueban que su acción es marcadamente perjudicial, aunque se encuentre en pequeñas proporciones, pues basta que sea muy escasa para provocar en los animales serios accidentes.

Para el último de los doctores citados, es el óxido de carbón el responsable de los fenómenos distintos, y más ó menos graves, que provoca el producto que nos ocupa, con tanto más motivo cuanto que el gas del alumbrado no se prepara en la mayor parte de las poblaciones con todo el esmero necesario.

El fluído lumínico encierra de 7 á 10 % de óxido carbono, según expone el Sr. Moissan en su trabajo, leído en la Academia de Medicina de París en 13 de Marzo de 1894, cuyo título es «Acerca de los envenenamientos por el óxido de carbono». Pues bien: admitidos los datos de esa autoridad y los de Grehant, en la misma sociedad científica, se sabe que la absorción del producto varía según el tiempo de permanencia en el lugar en que se respira y según la manera de ser de la mezcla del gas con el aire.

De igual manera que en los cafés el alumbrado artificial prepara candidatos á la tuberculosis, los provoca también en ellos la falta de buena luz natural durante el día, la que es tan útil para la existencia, que un conocido higienista dice que: «La ciencia moderna, con sus descubrimientos, no ha hecho más que justificar las sencillas adoraciones del hombre primitivo, y el culto de que fué objeto el Sol en las civilizaciones primitivas».

Tan pintoresca como agudamente se ha dicho, expone el mismo autor, que entre todas las flores, la humana [el niño y el adulto] es la que más necesita del astro del día: un antiguo proverbio lo indica también, «Donde no entra el Sol, pronto lo hacen la enfermedad y el médico».

En el pasado se hacía gran caso de la heliosis ó asolamiento, práctica salutífera que recomendaban los médicos, por lo que en Roma, en el piso más alto de muchos edificios, había el Solarium para esa precisa necesidad de la vida. En la actualidad, el doctor Moguer, en Bollullos [Huelva], expone los tísicos al sol para curarlos, y admirados los propietarios de la población de los resultados, les han construído un sanatorio de cristal en medio del campo.

Situados los cafés en planta baja y en calles las más estrechas, no en todos penetra cual debiera el elemento á que nos referimos, convirtiéndose, por tanto, dichos lugares en causa predisponente de la tuberculosis, pues se hallan en las mismas condiciones en que se encuentran los considerados por Lacassagne como propicios para favorecer el desarrollo de la enfermedad.

Nótase en los individuos que habitan en lugares privados de luz, cierta palidez, bastante acentuada en algunos, atonía en las exhalaciones de la piel y en la respiración, debilidad en los movimientos, en tanto que se manifiesta cierta irritabilidad en el tejido glandular que, continuada, puede producir induración ó supuración del mismo. En tales circuntancias la sangre se hace deficiente en calidad, sobreviene la anemia, constituyendo estos fenómenos condiciones altamente propicias para el desarrollo del bacilo de Koch.

Reemplázase también en los cafés el oxígeno que se consume, con el humo del tabaco, sustancia que por los principios que contiene, según clase, hace la atmósfera irrespirable, siendo en los moradores de tales sitios más perjudicial por lo que fuman y respiran: así se explica que, usándolo al aire libre, se puede hacer por más tiempo y con cigarros puros de más calidad.

Los efectos mortificantes á que nos contraemos, se hacen evidentes en las mujeres y niños y aun en los hombres que no hacen uso de ellos. En efecto: hay en tales personas, tos, estornudo, y lagrimeo que comprueban perfectamte lo que indicamos.

La acción del tabaco es, desde luego, perturbadora en el aparato respiratorio: excita y determina fenómenos, no pocas veces, de actividad, por lo que puede considerársele elemento suficiente para mantener una excitación crónica de los conductos respiratorios y despertar otras dolencias. Dice Giné: «no considero muy sanas ni muy favorables al juicio esas atmósferas en que, entre el ajenjo y vermouth y en medio de una nube de humo, se ventilan las cuestiones pendientes».

Las malas condiciones arquitectónicas de muchos de nuestros cafés y lo reducido del local, son causa de la proximidad de las letrinas, cuyos gases se introducen y esparcen en el departamento que ocupan los visitantes.

Por desdicha nuestra, pocos son los edificios que entre nosotros tienen sus jardines construidos en la forma y modo que lo exige la ciencia en la actualidad; de aquí el por qué de porciones de gas sulfihídrico y de amoniaco en la atmósfera de ciertos cafés.

El primero de dichos cuerpos es, como afirma Bequerel, sumamente pernicioso, pues aun en pequeñas cantidades produce cefalalgias, mareos, náuseas y vómitos.

El segundo raras veces se desprende puro; pero casi siempre, combinado, determina fenómenos de irritación é inflamaciones, entre las que figuran las laringitis agudas ó crónicas, bronquitis de iguales formas y á veces hemotísis.

Según Erisman, 135 gramos de escrementos compuestos de tres partes de heces y una de orina, que es la proporción media en que se hallan en los lugares escusados, producen en 24 horas el desprendimiento de 86'3 de ácido carbónico, 15'3 de amoniaco, 0'2 de hidrógeno sulfurado y 56'4 de carburos de hidrógeno y ácidos grasos.

Concíbese, por tanto, que serán considerables las cifras de dichos productos que manen de un pozo negro de regular tamaño, por cuyo orificio de salida, en el tiempo antes dicho, se desprenden 1.165 metros cúbicos de gases; consumiendo 18 metros cúbicos de materias excrementicias, en ese tiempo, 13'85 kilógramos de oxígeno.

Prodúcese también en tales sitios un cuerpo de fetidez considerable y de acción sumamente nociva, que ha sido estudiado por Todere, y el que determina en los sujetos que lo respiran la

disminución ó pérdida total del apetito, la palidez de la piel, debilidad en la contractilidad muscular y la muerte cuando está en alguna cantidad.

Lo expuesto autoriza para considerar los gases de las letrinas como concausa de eficacia reconocida para contribuir á empobrecer el organismo y, por tanto, á preparar el terreno á la tuberculosis.

Contribuyen al mismo fin en los cafés, los polvos que se encuentran suspendidos en la atmósfera, los cuales son de muchas clases, figurando entre éstos el carbón no quemado en los mecheros del gas del alumbrado, el que obra en el aparato respiratorio de igual manera que todo cuerpo extraño, esto es, provocando irritación de la mucosa, que luego se convierte en verdadera bronquitis, hecho que ha sido comprobado por Pearson: igualmente Troube ha encontrado partículas de carbón en el pulmón de un individuo que se había dedicado á la venta del obtenido de los vegetales, y el profesor Wirchow, en sus observaciones, ha llegado á comprobar de modo cierto, no sólo tal sustancia en el parénquima del órgano, sino también á determinar la leña de que procedía.

Abunda á veces en tanta cantidad el polvo mantenido en suspensión en el aire de los cafés, que en ocasiones forma una especie de niebla cuando sus puertas están cerradas á causa del frío ó de la lluvia. Téngase presente que Moynac, Eichhorat y Niemeyer consideran los polvos irritantes como causa del mal.

De tal manera se cambia la naturaleza del aire en los establecimientos bromatológicos que estudiamos, que el eminente Legrand du Saulle llama *malaria de los cafés* al medio viciado y confinado que venimos analizando.

Expónense asimismo los concurrentes á los sitios que nos ocupan, á frecuentes cambios de temperatura, pues la interior del local es constantemente superior á la exterior.

La del establecimiento es siempre caliente y húmeda, exponiéndose los sujetos que permanecen en la misma, á la influencia del aire más falto de principios respirables.

Los efectos de ese medio son por todo extremo debilitantes: en él languidece la economía, el sudor es excesivo, pegajoso, y se condensa sobre la piel; de aquí que se perturben sus funciones.

Si en tales circunstancias se abandona el local, verifícase un cambio brusco y rápido de temperatura, cuya acción inmediata se manifiesta en catarros, anginas, etc., tanto más acentuados cuanto mayor es la diferencia térmica de uno á otro lugar.

Las variaciones rápidas á que nos referimos, considéranse por los clásicos como causa predisponente de la afección que estudiamos: por eso el ilustre Monneret expone que, sin excepción, todos los clínicos están contestes en admitir la acción funesta de los cambios rápidos de temperatura en la producción de la tuberculosis pulmonar, atribuyéndole Hirsch la responsabilidad de la afección en muchos casos.

Los profesores contemporáneos, con sus nuevos estudios, no han hecho en este punto más que confirmar lo que los antiguos pensaban acerca de tales hechos, por lo que debemos darles, cual en realidad tiene, gran importancia en el desenvolvimiento de la tisis.

Por otra parte, la cifra calor no es igual en todo el ámbito de los cafés: las capas inferiores son más frías que las superiores, debido á que el aire caliente se eleva, en donde aumenta su temperatura con el alumbrado; de aquí resulta que mientras en los miembros abdominales y vientre hay contracciones de tejidos y menor cantidad de sangre, en los torácicos, cabeza é interior del pecho habrá dilatación que atrae la sangre repelida de la parte inferior de la economía, dando lugar con esto á hiperemias del pulmón, las que Niemeyer y muchos otros miran como motivo de la tuberculosis de ese órgano.

Es de tenerse en cuenta, para el fin que perseguimos, la vida sedentaria que se hace en los cafés.

Recuérdese que el ejercicio moderado pone al organismo en condiciones de resistencia, por lo que regulariza los actos orgánicos; y se comprenderá lo que decimos, si se tiene presente que con él aumenta el apetito, la digestión se hace con más actividad, la circulación se harmoniza y la respiración se verifica con mayor amplitud, siendo la oxigenación de la sangre más completa.

Obtiénese con el ejercicio, realizado al aire libre, un gran desarrollo, hecho de gran valer como medio preventivo de la tuberculosis, pues aquel aumenta la resistencia orgánica así para los fenómenosatmosféricos como para los elementos morbígenos.

Los favorecedores de los cafés, los que pasan gran tiempo en los mismos, están en un estado de inactividad física considerable que, unida á las causas expuestas, hacen de ellos seres condenados al padecimiento que nos ocupa. Con efecto: el insigne Lombard dice que las profesiones sedentarias que se ejercen en habitaciones estrechas y mal ventiladas son causa de la tuberculosis.

Dada la manera de ser de nuestros cafés, en donde se expenden bebidas alcohólicas, cuyo consumo es asombroso, correspóndenos inquirir el valor de estas en la determinación de la enfermedad cuya causa de aumento estudiamos.

Con razón ha dicho Dickinson, que el alcohol es el genio de la degeneración, lo cual explica que sea también productor de la tuberculosis, como afirman Moynac, Dieulafoy, Laveran, Jaccoud, Monin; hecho que fácilmente se comprenderá recordando en síntesis lo que indica Arnould acerca de las alteraciones que la tal sustancia determina.

Hélas aquí: catarro gástrico con secreción considerable de mucosidad, que particulariza la pituita de los bebedores, gastritis y atrofia esclerosa del estómago, cirrosis hepática. Sobrevienen también en ellos degeneración grasa del centro circulatorio; seguida de hiperemia y, por tanto, éxtasis sanguíneo pulmonar, por congestión pasiva acompañada de catarro bronquial crónico y ateroma arterial; nefritis, desórdenes cerebrales en diversos grados, decadencia orgánica, bastando una afección leve ó el traumatismo para poner en evidencia su debilidad real.

Es á la vez el alcoholismo causa de la decadencia de la raza; los hijos de los que abusan de esa sustancia son endebles, á veces idiotas, imbéciles, viven poco, y otros son raquíticos.

Por lo expuesto se comprueba que los mismos individuos alcoholistas y sus descendientes, son organismos pobres, terrenos preparados para la enfermedad; por eso es que ha espuesto también el citado Arnould que la fabricación de alcoholes es para la humanidad mucho más peligrosa que la de la dinamita.

A mayor abundamiento y en prueba de lo que venimos sosteniendo, cumple á nuestro deber consignar los estudios de Lancereaux acerca de los efectos comparados de las bebidas alcohólicas en el hombre y su influencia predisponente para la tuberculosis: los que fueron dados á conocer en la Academia de Medicina

de París, en las sesiones de 26 de Febrero y 5 de Marzo del corriente año.

Dice el referido clínico: «sin negar que la tuberculosis sea el resultado de un microbio particular, cada día estoy más convencido de que esta acción, semejante á la de los otros agentes, no se ejerce más que sobre un organismo predispuesto, el parásito del muguet por ejemplo.

La influencia de las bebidas alcohólicas en la tuberculosis es innegable, ofreciendo la de los bebedores caracteres particulares, tanto por su localización como por su desarrollo. En dichos sujetos se fija el mal en el vértice del pulmón derecho y hacia atrás, bajo forma de granulaciones que producen disminución de elasticidad á la percusión; la afección se modera en un primer ataque, y si el enfermo suspendiera entonces la bebida, se curaría alimentándose bien y reponiendo fuerzas; pero rara vez sucede así, y sobreviene por ello un segundo y tercer ataque; la enfermedad, poco inquietante al principio, toma súbitamente gravedad suma por su extensión y diseminación.

En algunos bebedores el mal invade simultáneamente el pulmón, el peritoneo, las meninges, causando rápidamente la muerte.

En todos los casos los alcoholes y las esencias, disminuyendo por una parte las combustiones orgánicas, y de otra eliminándose por el pulmón, crean á la vez una predisposición general y local que facilita al bacilo campo apropiado para su desarrollo.

Las bebidas conocidas con los nombres de amargos y aperitivos son las peores, entre las que figuran el ajenjo, la ginebra y otras, de las cuales dice el autor á que nos referimos, que debe prohibirse en absoluto su venta, causa por la cual el Dr. Giné las llama venenos, y considera al alcoholismo como una verdadera plaga social.

De tanto interés es el particular que tratamos, que en las sesiones de la Academia de Medicina de París, en los días 11 y 25 de Junio del año actual, al ocuparse el Dr. Lagneau de la profilaxis del alcoholismo, dá sobrada razón al Dr. Lanceraux para pensar en la forma que lo hizo en aquella docta corporación, y cree que al alcoholismo debe atribuirse el mayor número de casos de la tuberculosis en el hombre que en la mujer, pues de 10.681 defunciones por tisis que hubo en París en 1893, 6553 fueron de hombres y 4128 de mujeres.

Consignadas estas premisas de ellas se deduce lógica y fácilmente que en los establecimientos cafés se encuentran las más de las causas que los clásicos consideran como predisponentes de la tuberculosis; las que Sánchez Herrero, Pidoux, Peter, Laveran, Damaschino, Daremberg, Verneuil y muchos otros consideran como productoras de la miseria fisiológica, y ésta, el medio dispuesto para todo lo demás.

Ahora bien: como la etiología de la tuberculosis, dice Sánchez Herrero en su obra «La vejez prematura», se compone, en síntesis, de dos elementos: la debilidad constitucional y el agente infeccioso, visto que los cafés producen la primera, vamos á pasar al estudio de la segunda, que es el objeto de la última parte de nuestra labor.

Es un hecho que en los lugares que examinamos existen no solo los elementos del emprobecimiento orgánico, sino algo más: la infección y el contagio, pues en ellos se halla la causa específica del terrible mal, el bacilo de Koch.

Fácil es comprender lo que decimos, pues con frecuencia asisten los tuberculosos á los locales de referencia, llevados los unos por la costumbre, que, cual dijo el poeta, hace una segunda naturaleza; otros buscando distracción al espíritu con el trato de los amigos, ó bien oyendo música, leyendo los periódicos, ó jugando al dominó ú otros entretenimientos lícitos.

Por poco que permanezcan en el local tales sujetos, espectoran con más ó menos frecuencia, depositándose los esputos en el pavimento y en ocasiones en los muebles, en donde, tanto en uno como en los otros se secan; luego se convierten en polvo, el que se mezcla con el aire á expensas del barrido y del sacudido.

En esas condiciones, el ambiente del establecimiento se mefitiza y se llevan al organismo los elementos de la tuberculosis.

La infección del suelo, en esta enfermedad como en otras, ha sido de nuevo recientemente estudiada por los doctores Gibert y Dujardin-Beaumetz en la Academia de Ciencias de París, en la sesión del 10 de Abril del año próximo pasado, con relación á las condiciones higiénicas de la ciudad del Havre, dándole, como no podía dejar de ser, grande importancia para propagar el mal.

La imperfección y prontitud con que se realiza el baldeo y

demás limpieza en los cafés, por motivos de todos nosotros conocidos, es el por qué los pisos, en sus juntas y en los poros de sus materiales conservan estos gérmenes, los que también se encuentran almacenados en las desigualdades de las paredes en el papel que tapiza á muchas de éstas, en las cortinas, portier, etc., en los cuales, aunque sea muy leve el movimiento, pasan á la atmósfera. Téngase presente que el hombre es el principal foco de diseminación de la tisis por sus esputos, deyecciones y supuraciones, conforme dijo el Dr. López de Vieira, de Coimbra, en el primer congreso portugués de la tuberculosis, celebrado del 24 al 27 de Marzo del actual: con lo cual quedará comprobado lo que venimos sosteniendo.

La contagiosidad de la tuberculosis es, por otra parte, considerable, y de antiguo admitida.

El anciano Divino la consideraba en esa forma: el célebre filósofo maestro de Alejandro Magno, pensaba que era suficiente inspirar el aire espirado por un tuberculoso para adquirir la enfermedad, pues corrompía el aliento. El inmortal Galeno opinaba que era de los males más contagiosos, creyendo amenazador peligro el estar, siquiera un día, al lado de cualquier tísico.

En épocas posteriores creyeron también en la contagiosidad Rhasis, Avicena, Frascator, Frank, Vanswieten, Hufeland, Morton y muchos más que sería prolijo enumerar.

La idea del contagio de la tuberculosis se vulgarizó en el mundo civilizado y con preferencia en el mediodía de Europa, en donde hacían sahumerio en las habitaciones en que fallecía algún indivíduo víctima de la enfermedad; baldeaban el pavimento, picaban y vestían de nuevo las paredes y destruían con el fuego los utensilios y vestidos usados por el finado; llegando á ser tal el pavor que infundía el mal, que las autoridades dictaron órdenes y obligaban á que se diera parte de todo tísico que estuviera en próximo peligro de muerte para que tan luego como ocurriera ésta se cumplieran tan salvadoras medidas.

Prueba lo narrado, la resolución tomada por los Jueces de Nancy en el año de 1750, que hicieron incinerar los muebles de una mujer que adquirió el mal á consecuencia de dormir con otra que lo sufría.

Confirma entre nosotros lo que decimos, la Real Cédula publi-

cada por don Fernando VI el 6 de Octubre de 1751, como puede verse en el título XL del libro VII de la Novésima Recopilación.

En ese superior mandato se hace ver el peligro que nace por usar todo aquello que sirviera á los tísicos, siendo causa de la diseminación de la enfermedad; por lo cual se obligaba á los médicos, como á cualquiera persona que asistiera á dichos individuos, á dar parte al Alcalde de la localidad en que residiese aquél, así como de su muerte cuando tuviera lugar, incurriendo en la multa de 200 ducados y suspensión, por un año, de sus facultades el profesor que por primera vez faltase, y en la segunda á 400 ducados más cuatro años de destierro.

Fallecidos los enfermos, era deber de los Alcaldes entregar á las llamas todo lo que hubieran usado aquéllos, aun cuando fuesen legados para obras pías, pues era más atendible la salud pública que los intereses particulares; así mismo era su deber hacer cambiar el pavimento de las alcobas, picar y encalar de nuevo las habitaciones que hubiere ocupado la víctima.

La combustión de los objetos á que antes nos hemos referido, hacíase en ciertos lugares y á determinada distancia de los pueblos, ante la autoridad á que hemos hecho alusión y el Escribano que suministraba el testimonio del acto, el que archivaba el Alcalde, dando parte de lo ejecutado á su superior jerárquico.

Por otra Real Cédula del mismo monarca, dada en Aranjuez el día 23 de Junio del año 1752, dictábanse reglas para realizar lo anterior, y mandaba que los utensilios de metal que hubieran pertenecido á un tísico, antes de pasar á los herederos, fueran tratados por el fuego.

Las anteriores disposiciones se fijaron en Madrid como bandos por los Alcaldes de Casa y Córte el 4 de Diciembre de 1792, para evitar que las ropas y muebles de los tuberculosos fallecidos, pasaran como mandas á los asilos de Beneficencia, Conventos, etc., señalando á los que faltasen á lo dispuesto, si eran seglares 200 ducados por la primera vez, 400 en la segunda y en la tercera cuatro años de presidio en Africa; en caso de ser religiosos los contraventores, debía darse parte para aplicarles el castigo correspondiente.

Igualmente estaban en vigor en Italia medidas análogas, sobre todo en la monumental Roma, donde con rigor se hacían

obedecer tales disposiciones; así como en esa capital, en otras poblaciones pasaba también cosa parecida, pues en 1783 se dió en Napoles un decreto mandando que por las llamas se redujeran á cenizas todas las cosas pertenecientes á personas que fallecieren de tuberculosis.

Teníase tal idea de la contagiosidad de la tisis, se la creía tan segura, que muchos médicos no se atrevieron á practicar autopsias en los cadáveres de esa afección, figurando entre aquéllos dos grandes anatómicos, los ilustres Morgagni y Valsava.

Zimmerman miraba como causa favorecedora del contagio, la falta de aereación en las alcobas en que permanecían los tísicos, en tanto que Folly daba gran importancia á la atmósfera concentrada, aduciendo hechos en prueba de su creencia.

Para explicarse el contagio, Bannes opinaba que en la afección se producía una materia particular, que denominó virus pulmónico, ó tabítico, que se hallaba en las localidades ocupadas por tísicos, motivo por el que podía adquirirse el mal respirando en ellas.

No menos interesante era la opinión del eminente profesor Andral, que la suponía trasmisible por los contactos íntimos, así como por la respiración de los elementos originados por la piel y mucosa respiratoria de los atacados.

Consideraba también contagiosa la enfermedad el Dr. Etmuller, el que miraba los esputos como causa de la trasmision, pensando el célebre Anglada que en realidad es del grugo de las afecciones que llevan tal nombre.

A las opiniones consignadas, cumple á nuestro propósito agregar la de Gueneau de Mussy, que cita individuos en las mejores condiciones fisiológicas, que se hicieron tísicos por intimidad con sujetos tuberculosos.

Colocadas las cosas en estas condiciones, los estudios de Villemain vinieron á robustecer la idea del contagio. En efecto: en Mayo de 1865 comenzaron sus experiencias inoculando materia tuberculosa á los animales, viendo volverse á estos tísicos y que morían de la afección adquirida, por lo que en 1866 presentó una nota á la Academia de París, en que se decide como contagionista, expresándose en estas ó parecidas palabras:—«El tubérculo y la sustancia espectorada de los tísicos, se comporta co-

mo las materias virulentas y producen la tuberculosis, por absorción digestiva ó respiratoria y por inoculación. Los esputos no pierden esta propiedad ni aun después de desecados. La tisis debe ser transmisible y la propagación puede y debe efectuarse por productos emanados de los enfermos».

Esta manera de ver las cosas, fué combatida por algunos, opinando que con cualquier materia empleada obtenían iguales efectos, aunque aquellas no fueran tuberculosas; no obstante, las experiencias han demostrado el error de los que así piensan, conforme lo acreditan con sus estudios los señores Cohnhein y Salomoasen.

De igual manera, el distinguido profesor de Lyon, Sr. Chauveau contribuyó á dar más valer á las creencias de Villemain, y al efecto realizó en animales la inoculación en los tejidos conjuntivos, viendo que todos los sugetos sometidos al tratamiento se volvieron tuberculosos, por lo que en 1868 sostuvo en la Academia de Medicina de París la virulencia y contagiosidad del mal, y que en el hombre como en la raza bobina, el tubo digestivo forma una verdadera vía de contagio, para la propagación de la enfermedad.

A mayor abundamiento, los estudios de Tappeiner en 1880 demuestran también lo que venimos sosteniendo: unos 15 gramos de esputos tuberculosos, en 500 ó 300 de agua, pulverizada la disolueión en tres cajas que contenían 11 perros, enfermaron, sucumbieron y la autopsia demostró la existencia de los tubérculos: haciendo aplicaciones de estos hechos, que fueron comprobados por algunos investigadores, deduce el ilustre Tappeiner que en el hombre la infección se hace sobre todo por el aparato respiratorio.

Así, pues, la gran figura de Villemain á quien Francia, haciendo cumplida justicia, ha erigido una estatua, acrecéntase cada día más, tanto por el descubrimiento de la inoculación de las sustancias tuberculosas, como también por su perseverancia en las ideas contagionistas.

Faltaba determinar el verdadero agente específico de la enfermedad, y á Koch le cupo tal honor, inspirado quizás en las presunciones de Buhl, ó en los trabajos de Klebs desde 1877, pero sobre todo por los progresos reales de la bacteriología en

aquellos momentos; dió cuenta el sabio descubridor de sus labores á la Sociedad de Médicos de Berlín el 24 de Marzo de 1882, fecha memorable para la Ciencia, y demostró en todos los productos tuberculosos, la existencia constante de un micro-organismo en forma de bastoncillo, es decir, un bacilo.

Este prodigioso hallazgo, bastante para hacer una valiosa reputación, es de tal utilidad que puede admitirse como una de las conquistas más positivas de la época contemporánea, toda vez que en ella descansa la profilaxis de la dolencia, su completa extinción y el tratamiento racional para curarla, lo que parece haberse conseguido en parte por el profesor Maragliano, pues así se deduce de sus estudios con el suero antiptísico presentado en 12 de Agosto del corriente año en el Congreso de Medicina de Burdeos.

Demostró el eminente Koch completamente aislado el parásito de la tuberculosis en todos los casos que en el hombre existe el mal, en los monos, en el ganado vacuno y en las circunstancias que por inoculación se determinan, siendo responsable de los fenómenos análogos que despierta, probando, así mismo, que el bacilo posee una virulencia mayor que la materia tuberculosa, lo que confirma que aquel es el agente contagioso puro.

En la actualidad es admitida la naturaleza parasitaria de la tuberculosis por casi la totalidad de los médicos, exceptuando algunos profesores muy contados.

Las ideas contagionistas que sostenemos hoy, descansando en las conquistas realizadas en estos últimos tiempos, existieron, aunque sin esos fundamentos, hasta los días de Laennec, y ojalá no hubieran sido olvidadas á la aparición de las escuelas celulares y la manera de pensar de Virchow, estableciéndose por ello el dualismo de la tuberculosis y de la tísis, lo que hizo que, despreciándose la experiencia acumulada en el transcurso de los años, se negara en absoluto el contagio, siendo ésta quizás, y sin quizás, la causa del mayor desarrollo de la destructora enfermedad en el mundo.

Un dato más en apoyo de lo que decimos: el Sr. J. V. de Paula Nogueira, distinguido veterinario, sostuvo en el Congreso de Coimbra que «la tuberculosis humana y animal son idénticas, que es recíproco el contagio entre el hombre y los seres inferiores

y que la profilaxis es el único medio de concluir con esta «panzootia» universal».

El contagio puede verificarse en los cafés de distintas maneras, lo que se encuentra de acuerdo con las ideas del Dr. V. Hanot, del Hospital de San Antonio, consignadas en un correcto artículo publicado en lugar preferente de la «Semana Médica» del 9 de Octubre del actual año. En él comienza diciendo el autor que el agente patógeno de la tuberculosis puede penetrar en el ser humano por todas las porciones del mismo, por cualquiera de los puntos del tegumento externo ó del interno, y que una vez en la circulación general, sea cual fuere la marcha que haya seguido, se propaga, alcanza y altera á los elementos anatómicos y hasta la última molécula de los líquidos constitutivos.

Esto sentado, realízase la entrada del bacilo en el organismo, en los establecimientos bromatológicos que nos ocupan, bien por la superficie de la piel siempre que haya soluciones de continuidad en el tejido, bien por el aparato respiratorio mezclado con el aire que al mismo llega para la hematosis, ó bien por el tubo digestivo unido á los alimentos que ingerimos, ya en estado líquido, ó en forma sólida, ó por los utensilios empleados para la confección de aquellos, ó prehensión de unos y otros.

Elocuentes son las experiencias del gran Villemain para la resolución de la primera de las tres incógnitas que acabamos de plantear; en efecto: él desnudaba el tegumento externo de la epidermis por medio de vegigatorios y espolvoreaba la superficie accidental con esputos secos, presentándose al transcurrir cierto tiempo la tuberculosis generalizada.

La inoculacion puede realizarse también por las glándulas sebáceas y sudoríficas, haciendo las veces de verdaderos medios de cultivo en donde el bacilo se multiplica, verificando luego irrupciones al interior de la economía.

Explícase que cosa parecida pueda ocurrir en los cafès, pues á ellos asisten individuos con distintas lesiones cutáneas, que determinan la desaparición de la epidermis y no pocas veces soluciones de continuidad más ó menos extensas: por otra parte, dado el calor y humedad que existen en los comercios que nos ocupan, provócase la imbibición de la piel: ésta se reblandece por tal causa, como lo prueban las experiencias fisiológicas y se ha-

ce apta para absorber los líquidos que la cubren, en donde se hallan los agentes específicos en virtud de estar suspendidos en la atmósfera y depositarse en la cubierta cutánea.

Que la invasión pueda hacerse por el tegumento externo, pruébalo el desgraciado hecho de Laennec, de igual manera que el citado por el Dr. Verneuil; era un estudiante que se había inoculado con una picadura en la cara dorsal del dedo índice izquierdo: en ese lugar se desarrolló una papula, á la que siguieron otras. No mejorando con ningún medicamento, se le amputó el dedo, lo que fué inútil, pues murió de tuberculosis pulmonar toda vez que la infección se había generalizado.

He aquí otros hechos: el célebre profesor Lehmann, en 17 de Septiembre de 1887, llamó la atención en la «France Medicale», sobre multitud de casos de tuberculosis producidos en indivíduos heridos, por haber verificado en estos la sución de la sangre sujetos tuberculosos: lo que le hizo formular estas cuatro conclusiones:—La infección determinada por el contacto de la saliva de un tísico en una herida por incisión ó excisión, es una verdadera inoculación tuberculosa.—Durante la infancia, las lesiones cutáneas causadas por las uñas, las del eczema y del impetigo son puertas de entrada para el bacilo.—El lupus es una tuberculosis de la piel.—La predisposición es más frecuentemente adquirida que hereditaria.

Notable es también el caso relatado por el Dr. Tscherning: una criada se causó una herida en un dedo con un fragmento de escupidera de que se servía un tuberculoso, siendo víctima del mal.

He aquí otra observación no menos interesante citada por el Dr. Steinthal: una mujer, esposa de un tísico, adquirió la afección en ambas manos en virtud de lavar amenudo las ropas del enfermo: Riehl y Patautf refieren catorce casos de tuberculosis de la piel que se presentaron en los pacientes por estar en contacto con animales tísicos ó con sus escretas.

En el Wiener Medical Presse hace mención el Sr. Osma de una adulta muy joven, robusta y fuerte, que adquirió la afección por llevar unos pendientes que habían sido usados antes por otra mujer tísica.

Midderdorpf, Hofmold, Eisenberg y muchos otros prácticos

distinguidos citan casos análogos en que la afección se ha presentado al través de la piel y que no narramos por creer suficientes los transcritos para el propósito que defendemos.

No obstante recordaremos uno, por haber sido observado por nosotros: érase una joven de 23 años, en completo estado de salud y sin diatesis; tenía una amiga tuberculosa y, por complacer á ésta, la peinaba con frecuencia, y así adquirió la enfermedad de la que murió á los tres meses. Es de advertir que con la contaminante no tenía otro contacto, pues no la besaba ni usaba sus utensilios.

El aire de los cafés, más ó menos viciado, con mayor ó menor número de bacilos, es la atmósfera que en ellos se respira y es razonable suponer que, entrando aquéllos en las vesículas pulmonares, penetra en el organismo el gérmen patógeno. De suyo es esto tan lógico que en realidad de verdad no necesita pruebas, bastándonos consignar ciertos estudios.

En la Academia de Medicina de París demostró el ilustre Daremberg, en la sesión del 2 de Octubre de 1883, teniendo en cuenta las investigaciones de Smith, que en el aire confinado en que respiran tísicos hay el elemento específico.

No menos importantes son las investigaciones de Mr. Willian, el que confirmó la existencia de los bacilos en el aire procedente de los aparatos de ventilación del Hospital Brompton.

Ahora bien: la vía respiratoria es una de las amplias puertas de paso para el micro-organismo de Koch, pues es la mejor dispuesta para absorber, dado que esa es su misión primordial, á tal extremo, que Beclard dice que es el medio más rápido que puede utilizar el terapeuta para hacer la entrada segura de productos en el seno de la economía.

Por este motivo es, sin duda, que el Sr. Bobone, en su trascendental trabajo publicado en Nápoles en 1890, asegure que la tuberculosis es infecciosa y el contagio lo favorece la pulverización de los esputos y la respiración de la atmósfera que los contenga aun al aire libre.

De las investigaciones de Cornil resulta demostrado que el elemento patogeno se introduce sin lesión de la mucosa respiratoria, por lo cual es todavía más fácil el contagio.

Los conocidos Dres. Cadeac y Mallet han demostrado, por otra

parte, el hecho siguiente: haciendo respirar aire agitado, pero infeccionado de bacilos de Koch, á 48 animales, todos fueron contaminados y víctimas de la enfermedad: más aún: el Sr. Percy Kidd admite que la respiración en un lugar viciado por el producto específico es el más seguro para contraer la entidad patológica.

El aire, que como expone Lancereaux, es un factor para la existencia cuyo valor se desconoce porque no se vende, es causa de la tisis pulmonar, conforme lo admiten German Seé y Cornil, siempre que sea insuficiente, y la única cuando contiene la materia morbigena.

Las investigaciones de Gallois atestiguan también lo que venimos diciendo y de análogo modo acontece con las del Dr. Souza, de París.

Contribuyen, por su parte, á confirmar el hecho del contagio por la respiración las observaciones que en el Congreso Médico de Barcelona, en 1888, dió á conocer el Dr. Iranzo:—«los profesores, dijo, deben evitar la concurrencia á los establecimientos balnearios de los enfermos del aparato respiratorio, por ser terreno favorable para la implantación del bacilo, su desarrollo y multiplicación».

Prueba asi mismo que el contagio se verifica por los organos para la hematosis, la presencia del germen patógeno en la mucosa nasal: en efecto: el Dr. Straus lo confirmó en la sesión de 2 de Julio de 1894 en la Academia de Medicina de París, expresándose en estos términos: «he conseguido evidenciar la presencia de bacilos tuberculosos en el interior de la cavidad nasal de individuos sanos, que frecuentan locales donde se hallan tísicos en mis experiencias realizadas en varios habitantes del hospital de la Charité».

Estos estudios permiten, como asegura su autor, conocer el mecanismo de la infección por inhalación en el hombre, y su primera etapa, en la entrada de las vías respiratorias.

En esa misma festividad científica expuso el Dr. Verneuil: «Hace algunos años traje á esta tribuna el estudio del microbismo latente». El Sr. Straus aporta hoy una demostración categórica de esa teoría, que en los momentos de aparecer, fué medianamente apreciada. «Los hechos que acaban de comunicársenos explican el desarro-

llo de las tuberculosis que suceden á ciertos traumatismos, á las epistaxis juveniles, etc.»

La infección del suelo de los cafés es la causa primera, en los más de los casos, de la virulencia del aire contaminado: sobre el pavimento se depositan los esputos, en él se desecan y luego el polvo se suspende en la atmósfera.

El estudio de la infección del piso es de sumo interés en la propagación de la enfermedad de que tratamos: esa importancia la ha demostrado Mr. Gibert (del Havre) en la Academia de Medicina de París, en su sesión del 10 de Abril de 1894, dándole también gran valor, en el mismo sentido, el profesor Dujardin Beaumetz, el cual cree que la mefitización se hace más por el pavimento de las habitaciones que por el de las calles; de aquí, agrega, que la desinfección de los locales preste tan grandes servicios, bajo el punto de vista de la profilaxis.

Dicho lo que antecede, pasamos desde luego al examen de como se adquiere en los cafés el contagio por medio del tubo digestivo.

Es un hecho, admitido en el primer Congreso Portugués, para la tuberculosis, que ya hemos citado, el que tuvo lugar en Coimbra, en los días 24 al 27 de Marzo del corriente: que los Sres. Espina-Capó y Lopez de Veira han dado gran importancia para la propagación del contagio, á las carnes, la leche y la manteca de los animales tísicos, que como alimento puede usar el hombre, aunque no es tan peligroso como la absorción pulmonar, porque en los actos digestivos ocurre una serie de hechos fisiológicos desde que el alimento se coloca en la boca para ser masticado, hasta su completa disolución, que pueden disminuir el efecto nocivo y patogénico del mismo, según afirma también el Dr. Espina-Capó.

Los dulces que se toman en tales establecimientos, en los que se depositan ó almacenan los bacilos, de igual manera que otros manjares que se sirven en ellos son motivos del contagio cuando están impregnados del agente específico.

Además de lo expuesto, es el queso otra de las causas ocasionales de afección tan mortífera.

Exquisitos se producen en Brenuce y la Brie, y sin embargo se encuentran de tal modo infectados, dice el cronista Parville, que las pérdidas debidas á la tuberculosis son considerables.

Muchos veterinarios del país calculan que del 26 al 30 por ciento de las vacas padecen el mal y son por ello un peligro demostrado.

Entre nosotros es igualmente bastante notable el número de las reses bovinas tuberculosas que se sacrifican en nuestro matadero, pues así lo confirmó en cierto tiempo el Sr. Beauville, y en la actualidad nuestro digno é ilustrado compañero Sr. Larrión animales que, por consumirse sus diferentes porciones, pueden producir el mal, no solo en los cafés sino en otros establecimientos y casas particulares.

En los edificios bromatológicos que nos ocupan, hácese también la difusión de la enfermedad por el uso de los utensilios con los cuales se sirven los productos pedidos por los concurrentes: así es que son tramisores del bacilo las tazas, cucharillas, vasos y hasta las monedas que pasan por tales comercios, pues el Dr. Vincent de Argel demostró, en el segundo Congreso Francés de Medicina Interna, celebrado en Burdeos del 8 al 14 de Agosto del actual año, que en el unto que cubre á las piezas de dinero en circulación, existen varios bacilos, entre ellos el de Koch.

Por otro lado: el Dr. Bonnakis de Atenas, estudiando este particular, lo estima de gran importancia y atribuyó en Grecia la propagación de la enfermedad del hombre al hombre, al uso común de los objetos culinarios.

En los cafés, en donde la limpieza de las vasijas no es escrupulosa, pues en ninguno se lavan con agua hirviendo después de bien frotadas con una legía jabonosa, conforme indica para ello el Dr. Espina, sino que se contentan con pasarlas por agua fría y no pocas veces en recipientes de madera, es fácil explicarse que se trasmita fatalmente la enfermedad.

Embadurnados los bordes de las tazas y vasos, así como las cucharillas, con la saliva de los tuberculosos, quedan aquellos enseres convertidos en elementos de muerte.

En confirmación de lo que decimos, expone el ilustrado é íntegro Dr. D. Manuel Delfín, en la página 364 del popular periódico «La Higiene», del 18 de Agosto del corriente, lo siguiente: «En los cafés, la limpieza de los vasos no se hace sino á medias, pues en una tina ó depósito, oculta á los ojos de los concu-

rrentes, se pone agua y allí se introducen los vasos; de manera que realmente lo que se logra es impregnarlos de la saliva de todos; allí se lava, ó mejor dicho, se introduce el vaso donde ha bebido el sifilítico, el canceroso, etc., esa agua no se renueva, por lo regular, en todo el día».

«También es nauseabundo conservar las cucharillas introducidas en un depósito ó vaso de donde se sacan más sucias de lo que entraron».

«*Los cafés*, con raras excepciones, tienen los depósitos de la leche en lugares ó departamentos anexos á los excusados; hasta el extremo que este líquido alimenticio absorbe los gases que de las letrinas se desprenden. Dichos establecimientos conservan también indefinidamente la mezcla de huevo con que preparan bebidas y refrescos; cuando es evidente que el huevo, antes de doce horas, entra en putrefacción, prestándose á producir graves intoxicaciones».

Esto espuesto, tócanos consignar que la resistencia del bacilo de la tuberculosis es tal, que el Sr. Galtier ha demostrado prácticamente que no lo destruye el agua, ni su permanencia en materias putrefactas, como tampoco la congelación, la desecación, ni aún los cambios de temperatura; es, por tanto, en sumo grado resistente y se mantiene activo en medio de circunstancias tan distintas.

Más todavía: la acción del esputo es tan grande, que la tuberculosis se ha originado experimentalmente de modo innegable, produciéndola por medio de una disolución de cien mil de agua y una de esputo y hasta con líquidos constituídos por uno del último en cuatrocientos mil de la primera. Ante estos hechos hay que admitir lo que sostenemos.

Es otra manera de adquirir la afección, en los centros que nos ocupan, el uso de las pajillas empleadas por los Norte-Americanos para tomar los helados ó bebidas frías, las que, como dice Figuier en su obra *Connais-toi, toi meme*, se ha generalizado bastante á fines de este siglo en Europa, y algo entre nosotros.

Dichos tubos se introducen por uno de sus extremos en los *scherry-gobler*, los *soyers* y por la otra en la boca del que se regala con tal medio de succión; pues bien: esas pajillas son dejadas las más de las veces después de usarlas, en el convoy de

servicio, y en algunos cafés más atendidos se lavan en las mismas vasijas que los otros objetos de uso constante, ó bien se recojen y colocan reunidas en vasos que existen en los mostradores, por lo que no es exagerado creer, que así pueden ser llevados al organismo los gérmenes del terrible estado patológico que nos preocupa.

Generalizado el uso del tabaco, consúmense muchos en los cafés por distintas causas que no hay pará qué enumerar; apurados que son, se tiran las colillas, las que quedan impregnadas de la saliva del consumidor, el, que siendo tuberculoso, las contagia. Dichos desperdicios los recogen los pobres para continuar fumándolas, ó bien para reunirlas y expenderlas con el fin de hacer picadura ó rapé; en el primer caso, el Dr. L. H. Petit asegura que las numerosas víctimas de tuberculosis bucal y ganglionaria observadas en las clases pobres de las grandes ciudades, no reconocen otra causa que la indicada; hecha picadura y empaquetada, al consumirse dan análogo resultado, y de igual manera contagian, cuando reducidas las porciones de referencia á polvo, se utilizan como rapé.

Las puntas de los puros cortadas con los dientes de tuberculosos para poderlos fumar, encuéntranse, como es fácil de comprender, en iguales casos que las colillas; de aquí que presten buen servicio á la humanidad las asociaciones creadas para recojer las perillas de los puros si están aquellas tan perfectamente organizadas como en Alemania; y decimos lo expuesto porque sus miembros, que son de la clase más elevada de la sociedad, tan luego ven sacar en lugares públicos un tabaco se acercan con las mejores formas al ciudadano que lo hace, cortan con instrumento ad-hoc la parte necesaria, dan las gracias y la guardan para los fines de la asociación á que pertenecen.

A mayor abundamiento, adquiérese la tuberculosis en los cafés porque del interrogatorio que hizo á los médicos en Francia la comisión de Tisiología, el 12 de Diciembre de 1884, se demostró que el mal se propaga por las relaciones sociales y más que nada, por la convivencia de individuos enfermos con personas sanas, lo que se confirmó en 213 casos perfectamente observados.

El Dr. Jaccoud vió un hecho curioso que atestigua lo que

decimos, dado á conocer por el Sr. Trelat en la Academia de Medicina de París, el 7 de Enero de 1890: era un caballero tuberculoso que fué de huésped á una familia compuesta de cinco personas; pues bien, en medio año, murieron los seis de la misma enfermedad.

Hé aquí otra prueba: en el pueblo de Cannet fué desconocida la tísis hasta 1860; entonces concurrieron á él gran número de extranjeros que la llevaron y hubo después numerosas víctimas de la tuberculosis.

Los casos de contagio citados por el Dr. Cornil, así en los colegios como en los cuarteles, talleres, oficinas, etc., comprueba lo que sostenemos.

Siendo la tuberculosis una afección que, como dijo el Dr. Espina Capó, en el último Congreso de Portugal á que nos hemos referido, que no respeta clases, sexos ni edades, propagada en la forma que se encuentra, haciendo cada vez mayores víctimas, al extremo que amenaza seriamente á las sociedades, pues en Europa mata cuatro millones de personas al año, exige el concurso de los hombres de saber y buena voluntad para oponerse á tan terrible desastre.

De aquí el creciente movimiento que en todos los países se ha despertado en contra de la enfermedad, al extremo de considerar al tuberculoso como al desdichado *impuro* de los tiempos mosaicos, creyéndose que debe hospitalarse aquél para librar á la humanidad de tan cruel azote.

Por eso es también que el Sr. Abel Andrade, de Coimbra, después de un minucioso análisis de lo consignado en los códigos, sobre todo en el portugués acerca del particular, expone las monstruosidades distintas que por la herencia se adquieren y establece las conclusiones adjuntas:

Primero: es preciso llamar la atención de los legisladores sobre las consecuencias gravísimas de la familia constituída por tuberculosos.

Segundo: la virilidad de la especie, el interés de los hijos y la felicidad de la prole se hallan en peligro inminente por los tuberculosos.

Tercero: comprobada la certeza de la tuberculosis, debe considerarse como impedimento dirimente del matrimonio.

Cuarto: si se descubriera el remedio de la tuberculosis, terminarían las leyes represivas.

Quinto: el certificado facultativo sería la garantía oficial para el cumplimiento de estas prescripciones.

Dada la importancia del asunto, nosotros no le miramos únicamente como causa dirimente del matrimonio, sino también impediente, por lo cual la quisiéramos ver figurar en el inciso tercero del artículo 83 de la Sección 1ª, Capítulo 3º de nuestro Código Civil.

Impera de tal modo la afección en el mundo, que la séptima parte de los sujetos sucumben bajo su influencia, á tal extremo, que reunidos los fallecimientos por las entidades patológicas más devastadoras, no dan una cifra tan terrorífica, como la que por sí sola produce la tuberculosis.

Convencida de esta verdad es por lo que la Administración Sanitaria de New-York, con el objeto de evitar la trasmisión de tan terrible dolencia, ha dispuesto que en la casa donde fallezca un sugeto de esa afección, se coloque en la puerta la siguiente nota:—«Servicio de Sanidad—La tísis es una enfermedad contagiosa. En esta habitación ha vivido un tísico, y por tanto está infectada. No debe habitarse por nadie en tanto no se cumpla la orden dada por el servicio sanitario de desinfectarla y dejarla como nueva. No se quitará este anuncio hasta que la dicha prescripción se haya cumplido».

Ojalá nuestro Municipio y nuestras Juntas de Sanidad tuvieran en consideración tan buen ejemplo, é ipso-facto dispusieran se realizara y observara entre nosotros tan sabia medida.

Por último, en confirmación de lo que sostenemos, y como prueba toral, aseguramos que la profilaxis de la desquiciadora lepra de los tiempos modernos, puede en síntesis reducirse á dos cosas: primero: dar resistencia al organismo; segundo: evitar el contagio; precisamente todo lo opuesto de lo que se consigue en los cafés, donde se debilita aquélla y produce éste.

Dicho lo que precede, permítasenos manifestar á la vez, que hemos desarrollado la tesis, teniendo en cuenta la conocida sentencia de Fallomet: «lo útil, como lo moral, no se prescribe á los pueblos, se le inspira».

Aquí terminamos el problema de sociología médica de que

prometimos ocuparnos, y lo hacemos sin temor, por la confianza ilimitada que tenemos en la nobleza de los sentimientos de sus señorías, y la ejemplar conducta académica que constantemente habéis observado, lo que nos autoriza para creer que sabréis dispensarnos vuestra bondad nunca agotada, pues al escribir únicamente nos hemos inspirado en la significativa frase del Dr. Bouchard:—«Vivimos en un tiempo en que sólo es buena la existencia, cuando se interesa en cuestiones de la Medicina».

ULTIMOS TRABAJOS DEL AUTOR PUBLICADOS EN ESTA CAPITAL

Lecciones Elementales de Fisiología Celular.

La Iglesia y la Cremación.

La Higiene y el Ciclismo en Cuba.

Informe acerca de la obra de Técnica Anatómica del Doctor Yarini.

Los Incendios, los Bomberos y la Higiene.

Medicina Indígena de Cuba y su valor Histórico.

Higiene Colonial en Cuba.

Discurso leído en la sesión solemne de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana, el día 19 de Mayo de 1895.

Discurso leído en el Colegio de Farmacéuticos de la Habana el día 29 de Septiembre de 1895.

Una responsabilidad de nuestros cafes.